

# De hombres y mujeres: Clínica de las posiciones sexuadas

*Of men and women: Clinic of sexed positions*

Por Florencia Farías<sup>1</sup>

---

## RESUMEN

Tanto Freud como Lacan en muchas ocasiones remarcaron diferencias en relación a los hombres y mujeres sobre todo a las formas que responden en relación al deseo, al amor y al goce. Decirse hombre o mujer son hechos de discurso, actos simbólicos, y puede coincidir o no con su sexo anatómico. Hay un solo significante, el falo, que va a distribuir el reparto entre masculino y femenino. Ambos autores se refieren a la diferencia de los sexos a lo largo de su enseñanza, y mostraron en este tema una clínica diferencial de las estructuras subjetivas, así como también diferencia entre los analistas hombres y mujeres. El trabajo desplegará dichas diferencias, deteniéndose en las modalidades del amor, los celos, y goces femenino y masculino.

**Palabras clave:** Posiciones sexuadas, Elección sexuada, Amor, Goce fálico, Goce femenino

## ABSTRACT

Both Freud and Lacan on many occasions remarked differences in relation to men and women, especially to the ways they respond in relation to desire, love and enjoyment. Calling yourself male or female are facts of speech, symbolic acts, and may or may not coincide with your anatomical sex. There is only one signifier, the phallus, that is going to distribute the distribution between masculine and feminine. Both authors refer to the difference of the sexes throughout their teaching, and showed on this topic a differential clinical of subjective structures, as well as a difference between male and female analysts. The work will display these differences, stopping at the modalities of love, jealousy, and feminine and masculine joys.

**Keywords:** Sexed positions, Sexed choice, Love, Phallic enjoyment, Female enjoyment

---

<sup>1</sup>Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología. Doctora en Psicología, UBA.

Universidad de Buenos Aires. Docente Cátedra Clínica Adultos I. y Docente del Doctorado y de la Maestría en Psicoanálisis. Facultad de Psicología UBA.

Universidad de Buenos Aires, Secretaría de Ciencia y Técnica (UBACyT) Investigadora.

Autora de libros y de capítulos de diferentes libros y publicaciones nacionales e internacionales. Buenos Aires, Argentina  
E-Mail [florfarias01@gmail.com](mailto:florfarias01@gmail.com)

## La diferencia de los sexos

Feminidad y masculinidad, binario y no-binario, son temas que han cobrado un relevado interés en nuestra actualidad. Recordemos que en psicoanálisis cuando nos referimos a lo masculino o a lo femenino, estamos hablando de posiciones sexuadas, y no del sexo anatómico como tal.

Decirse hombre o mujer son hechos de discurso, actos simbólicos, y puede coincidir o no con su sexo anatómico. La diferencia de los sexos no es un dato de entrada. No hay dos representantes en el inconsciente de la diferencia. Hay un solo significante, el falo, que va a distribuir el reparto entre masculino y femenino, el cual es considerado el operador estructural de la castración.

Tanto Freud como Lacan en muchas ocasiones remarcaron diferencias en relación a los hombres y mujeres sobre todo a las formas que responden en relación al deseo, al amor y al goce. Ambos autores se refieren a la diferencia de los sexos a lo largo de su enseñanza, y mostraron en este tema una clínica diferencial de las estructuras subjetivas, así como también diferencia entre los analistas hombres y mujeres. En el final de su obra, Freud vuelve a resaltar la diferencia de sexos en la terminación de un análisis; lo plantea como un tope: la castración, es obstáculo diferente para la mujer: envidia al pene; para el hombre: rechazo a la feminidad, es decir, rechazo a la posición pasiva. (Freud, 1937).

Para Lacan, la castración es primera para todos. Va a hablar, en primera instancia, no de hombre y mujer, sino de sujeto. Y el sujeto, en su encuentro con el lenguaje, sufre una castración primera que vale para ambos sexos. el inconsciente al hablar, ex-siste al cuerpo; el inconsciente es discordante con el cuerpo.

En lo que respecta a la diferencia sexual, Lacan pone en juego una disimetría a nivel simbólico, pues el falo significativo tomado como el semblante por excelencia, al igual que hombre y mujer, no tiene correspondiente ni equivalente. El partenaire del sujeto es un objeto, lo llama objeto *a*. Lacan extrae de esa indeterminación que no hay partenaire prefijado en el inconsciente. El objeto *a*, finalmente, es el único partenaire posible en la medida en que no hay otro sexo. La escritura relación-proporción sexual es una escritura imposible.

## Elección sexuada

Lacan introduce el término sexuación que permite diferenciarlo tanto del término sexo (diferencia anatómica, dato que será usado para la construcción de la identidad) y de género (construcción social de lo que es masculino y femenino), reservando sexuación para la especificidad de las relaciones del sujeto con su goce. Se privilegia el goce como variable desde la que el ser hablante podrá subjetivar su sexo definiendo su posición sexuada como hombre o mujer. Para decirse hombre o mujer, un sujeto debe asumir su sexo, debe elegirlo inscribiéndose en función de su modo de gozar. La sexuación

nos permite hablar de un proceso y sobre todo de una elección propia, de cada uno, que pone en juego una “insondable decisión del ser”.

Lacan va variando su teorización en relación a la sexualidad. En su primera enseñanza, el sujeto al final del Edipo se identifica con el ideal de su sexo. El sujeto ante la castración materna debe tomar posición: reconoce su eficacia o la rechaza. Es decir que la elección se hace a partir de un rechazo de saber sobre la privación materna. Posteriormente, hay un cambio importante y alrededor de los años '70 postula la sexualidad ya no por el lado de las identificaciones edípicas, sino por el lado del goce. Lo desarrolla plenamente en *El Seminario Aun*, (Lacan, 1972), su tesis fuerte es que la sexualidad del sujeto se vincula a una elección de goce.

Entonces, la sexuación es el resultado de un proceso complejo, articulado en torno a identificaciones edípicas, a fijaciones de goces y, fundamentalmente, a una decisión en cuanto a la castración, siendo operativa la inscripción de la castración de la madre, en cuanto Otro originario, como operador de la diferencia sexual. En la sexuación es necesaria una implicación subjetiva del sexo, supone no sólo asunción del propio sexo, sino también la aceptación del sexo del Otro.

Si bien encontramos en las teorizaciones de ambos autores continuidades existen puntos de corte, en los que Lacan realiza aportes para superar los impasses freudianos. Agrega al campo freudiano, especialmente, el “dominio del real” femenino. Sirviéndose de Freud, va más allá del goce fálico, abandonando la lógica de supuestas totalidades: hombre, mujer, para incursionar en la inconsistencia del no-todo en la última parte de su enseñanza.

## Las mujeres desde Freud

Cualquiera sea el lugar de su obra que abordemos, el destino de la feminidad freudiana siempre pasa por el falo. Tener o no tener el falo es lo que condiciona los modos de gozar del inconsciente: tener falo para el sujeto en posición masculina y no tener falo para el sujeto femenino, cabiendo a esta la posición de objeto, pasiva.

Al ubicar a las mujeres en “todas fálicas”, Freud queda prisionero de una lógica universal, que lo limita para abordar el enigma de la feminidad. He aquí una de las mayores dificultades que encontramos en la teoría freudiana, ya que la sexualidad femenina es estudiada en relación con la masculina, comparando la evolución de las mujeres a partir de la libido única, masculina.

En el último periodo de su obra la clínica lo confronta con aspectos de la sexualidad femenina que no había considerado. En la “Conferencia 33ª: La feminidad”, afirma: “El desarrollo de la niña pequeña hasta la mujer normal es más difícil y complicado, pues incluye dos tareas adicionales que no tiene correlato alguno en el desarrollo del varón. Estas dos tareas son: cambiar la zona erógena y el objeto de amor” (Freud, 1933, 108). Freud observa la disimetría fundamental entre el Edipo de

la niña y el niño, y afirma que los enunciados sobre el Edipo son apropiados solamente para el niño. Entonces, el llamado complejo de castración recorre caminos diferentes, al hombre lo saca del Edipo, amenazado de castración; y la niña entra al complejo de Edipo por el complejo de castración. En el texto “La disolución del complejo de Edipo” (1924) plantea la terminación del Edipo en la mujer con cierto grado de infinitud, no termina de sepultarse. Este punto de fragilidad en la destrucción del Edipo es heredero de la debilidad del superyó femenino, es lo que sostiene cierta relación débil de la mujer con lo simbólico, y escaso sentido de justicia. Estas ideas lo llevan a pensar el lugar de los hombres y las mujeres en la cultura: los primeros están más convocados a lo social y a los intereses de la civilización y las mujeres a lo familiar, son el lazo de unión y tienen menos interés en la cultura. Freud plantea como salida normal de la feminidad la maternidad, sigue el camino desde la envidia del pene al deseo de hijo. Lo más importante para una mujer es su hijo, el que queda simbolizado como sustituto fálico, compensador de su carencia, inclusive llega a afirmar que es con el hijo varón con el que logra un amor incondicional.

En Freud madre y mujer quedan superpuestos y será Lacan el que dirá que la posición femenina y la materna no sólo son diferentes, no hay continuidad entre ambas.

En la conferencia “La feminidad” (1933), Freud plantea que la transición desde la ligazón con la madre a la ligazón con el padre algunas veces no se concreta y, entonces, la mujer queda fijada en esta ligazón intensa con la madre. De este modo, remarca que la relación pre-edípica de la ligazón-madre de la niña es fundamental para toda su vida futura y en muchos casos esta relación nunca se resuelve.

De esta manera, pierde fuerza el complejo de Edipo, y no alcanza para constituir un puerto seguro de arribo.

### Las mujeres desde Lacan

Lacan afirma que lo femenino es distinto de la castración y a la pura falta. Lo que le permite ir más allá del Edipo, cernir un goce femenino y el pasaje de la identidad sexual a la sexuación. Formalizará lo femenino como heterogéneo, múltiple e irreductible al falo.

Podemos preguntarnos en cuanto al origen de esta divergencia entre Lacan y Freud: ¿Simple cuestión de gustos, incluso de prejuicios; el liberalismo más amplio de Lacan ha sido posible gracias a la evolución de las mentalidades? Sin duda la época cuenta, pero no explica todo, sino que Lacan, elaborando los términos de la estructura, logró mejor que Freud aislar los impedimentos lógicos en su diferencia con las normas sociales.

El camino de Lacan, de poder ir más allá del Edipo a la sexuación, es desde el inicio de su obra. Plantea que “todo el esquema del Edipo puede ser criticado” (Lacan, 1957/1958, 166) hasta lograr arribar, finalmente, a conceptualizar el goce femenino. Años después, realiza una relectura del Edipo freudiano y el *penisneid*, y a partir

de *El Seminario 17. El reverso del psicoanálisis* (1969/1970), abrirá una vía en la roca de castración planteando un más allá del Edipo, donde sitúa a la mujer tachada, Otra, no toda ocupada del hombre o del niño, en este caso. Finalmente, en “El atolondradicho” (1972), reduce el Edipo a una lógica, la lógica del No-todo; haciendo esto, no lo refuta totalmente, y si bien lo mantiene, disminuye el alcance de éste.

Lacan plantea una división entre Complejo de Edipo y castración, y a partir de ésta plantea que para la mujer hay otra salida que las posibles compensaciones fálicas que intentan resolver la envidia del pene. Sólo en raras ocasiones el deseo sexual femenino se satura con un hijo. Siguiendo ésta línea Colette Soler plantea en “Lo que Lacan dijo de las mujeres”:

“El hijo fálico puede, a veces, taponar, hacer callar la exigencia femenina. Pero, por lo esencial, el don de un niño sólo raras veces permite clausurar la cuestión del deseo. El niño como resto de la relación sexual puede obturar en parte la falta fálica en la mujer, pero no es causa del deseo femenino que entra en juego en el cuerpo a cuerpo sexual”. (Soler, 2004, 41).

Si no aparece en la madre la dimensión de un deseo otro, diferente al que se satisface en la relación con su niño, el niño estará condenado a la alienación máxima que consiste en realizar el fantasma de la madre. La madre es presentada como insaciable, amenazante en su omnipotencia sin ley (Lacan, 1954). Lo insaciable de la madre remite a su posición como mujer, a su tratamiento particular de la falta: después de todo, la sustitución niño-falo no colma la falta y subsiste un resto de insatisfacción. Con la madre insaciable se inaugura el deseo de la madre. Lacan lo define en *El Seminario 5*, (1956/57) como el deseo primitivo, opaco, oscuro, de la madre. El niño logra entrever que en esa madre habita un deseo cuyo significado es enigmático. El sujeto experimenta vértigo cuando percibe que el Otro no es un Otro garante y todopoderoso, sino que es un Otro en el cual habita un deseo. El niño está sujetado al capricho materno, incluso si este capricho es un capricho articulado. Lo que traba el deseo de la madre como incomprendible, loco, es el significante del nombre del padre, representada por la figura del palo, alusión a la metáfora paterna, que protege, impide que se cierre totalmente. El niño o niña son el pequeño objeto *a*, objeto que puede ser devorado por ese deseo oscuro si la boca se cierra. Es el exceso lo que puede hacer daño y exige un proceso de separación.

Entonces, Lacan pone el acento en el deseo de la madre, es decir, hay que comprenderlo como el deseo de la mujer en la madre, deseo que permite limitar la pasión materna. Una madre no es toda de su hijo porque su aspiración fálica se divide entre el hombre y el hijo. Deseo que permite hacer de ella no-toda madre, es decir, no-toda para sus hijos, y pasar a un “más allá del Edipo”, donde él sitúa a la mujer tachada, Otra, no toda ocupada del hombre o del niño. Es la castración materna la posibilidad de constituir al sujeto.

El deseo de mujer, mantenido más allá de la maternidad, es la que introduce al niño, por medio de la angustia de castración, a una dialéctica de identificaciones contradictorias que le permitirá desprenderse de la posición pasivizada de objeto de la madre, y al final, asumir su propio sexo.

En seminarios posteriores presentará la relación en términos de estrago, ya sea con la imagen acuciante del cocodrilo dispuesto a cerrar sus fauces en *El Seminario 17*, o del estrago particular en la relación madre-niña. Es en el “El atolondradicho” donde Lacan introduce el término “estrago”, ravage, que quiere decir devastación, ruina, para referirse a la particular relación entre madre-hija, marcando lo pasional y ambivalente de este vínculo, la madre puede tornarse un estrago para su hija.

### Las mujeres y los hombres aman diferentes

El hombre y la mujer se posicionan de forma distinta en los vericuetos del amor. Las tendencias inconscientes siempre pugnan por sostener el deseo sin amor o amor sin deseo (Farías, 2017). Freud nos plantea el clivaje estructural entre la corriente tierna y la sensual. Mientras que en la vida amorosa de las mujeres se produce una convergencia entre el amor y el deseo en el mismo objeto, en el hombre hay una tendencia centrífuga, una divergencia en relación al objeto de amor y de deseo. Sostiene, por un lado, a una mujer idealizada a la que ama, que ocupa el lugar de la madre, y es inaccesible a nivel erótico y, por el otro, existe otra mujer degradada que le permite desear y acceder a ella sexualmente. Para el hombre lo fundamental es confirmar su potencia eréctil.

Freud desplegó de una forma detallada, las condiciones de amor para los varones. En primer lugar, encontramos estas dos características: -las elecciones de objeto llevarán la marca de la madre como primer objeto de amor; -la condición fetichista. El objeto que toma forma de fetiche se caracteriza por ser invariable. Al momento de elegir a una mujer, el hombre se fija en algunos rasgos corporales que adquieren el valor de fetiche.

El *partenaire* del hombre tiene la forma de fetiche, mientras en la mujer la forma de erotomaniaca, demanda ser amada.

El hombre concibe la fidelidad como renunciamiento, pese al deseo. La mujer se dirá partidaria del amor único, de la fidelidad, tentativa de negar el deseo puro, el amor deberá servirle de coartada.

La posición femenina va pasando de ser el falo, a ser el objeto a del fantasma, para más adelante ser el síntoma de un hombre.

Colette Soler, distingue el anhelo de ser el falo, propio de la histérica, que es una manera de decir “ser la falta”, identificarse con la falta, y la posición en la relación sexual que hace de la mujer falo (Soler, 2004, 61). Mujer falo no indica una identificación, sino un lugar: el del complemento del deseo masculino. La fórmula del fantasma visualiza esta disimetría entre el sujeto deseante y el *partenaire* como el objeto complementario de su deseo.

La mujer se presta a ocupar el lugar del objeto causa del deseo, lugar que es vivido por la histérica como una amenaza desde una posición fálica, como degradación.

Esta disimetría se traduce en el hecho de que, en la relación sexual, es necesario que el hombre desee, en cambio es suficiente con que la mujer se deje desear, que consienta; lo cual marca la diferencia entre la histérica, eminentemente fálica, y el goce femenino, más allá del falo, goce adicional, suplementario. Porque identificarse con el deseo, caso de la histérica, excluye identificarse con el objeto de goce. Esta tesis atraviesa toda la enseñanza de Lacan.

La histérica más que gozar, busca no satisfacer al Otro, apunta a un plus de ser. Habría que decir, entonces, una mujer quiere gozar, la histérica quiere ser. Incluso exige ser, ser algo para el Otro, no un objeto de goce, sino el objeto precioso que sustenta el deseo y el amor. Lacan reitera que para el hombre la mujer es un síntoma. Una diferencia importante es que mientras la mujer se presta a ser el síntoma de otro cuerpo, esto no le impide, por otra parte, ser un sujeto, es decir, ella presta su cuerpo al goce de otro cuerpo. En cambio, la histérica, quien se caracteriza por interesarse por otro síntoma, por el síntoma del otro, pero se niega a consentir ser un síntoma de otro.

La feminidad implica la relación con el Otro, que ella acentúe “el hacer gozar” no excluye el “hacer desear”. El goce que un hombre tiene de una mujer la divide, dice Lacan en “El atolondradicho” (1972). Es decir que el goce del *partenaire* viene al lugar de la causa del deseo de ella.

Si bien cada sujeto apunta al otro para extraer de él su plus de goce, y este es un nivel que funciona de la misma manera en hombres y mujeres, del lado femenino se añade un elemento diferente: la relación con la falta en el Otro. Esto tiene consecuencias en la vida amorosa.

Los celos que son intrínsecos al amor, pasión constitutiva del deseo, que están presente tanto en hombres y mujeres, aunque de diferente manera, y determinan diferentes posiciones del sujeto en la forma de amar. En muchos pueden llegar a convertirse en un síntoma atormentador. Los celos no surgen de la razón. Comprenden el temor de perder el objeto amado, pero la paradoja es que al mismo tiempo es más estimado si es deseado por otro.

Freud también se refiere a los celos normales en relación con una herida narcisística y la imposibilidad de aceptar dejar de ser amado, lo que nos lleva a inferir una posición infantil referida al Complejo de Edipo y al rival fraterno que en la infancia habría desplazado al yo respecto del amor exclusivo de la madre.

Freud dice que en la mujer desempeñan un papel mucho mayor en la vida anímica porque reciben un enorme refuerzo desde la fuente de la envidia del pene desviada.

Colette Soler plantea en *Lo que Lacan dijo de las mujeres* (2004, 80-82) que el amor de las mujeres es celoso y exclusivo. Celoso lo es porque demanda el ser. Al ubicarse ella misma como objeto del deseo masculino, la mujer se vuelve más dependiente de los signos de amor de su *partenaire*. La pérdida del amor tiene un efecto

depresivo en el sujeto que cree perder parte de sí mismo y “no ser ya nada”. Esto está acentuado en la histeria, pero también en la mayor parte de hombres y mujeres.

El amor femenino es celoso porque depende de las características de su goce. Al contrario del goce fálico, el goce otro, suplementario, “sobrepasa” al sujeto, este goce no identifica. Por ello surge la necesidad de identificarse por el amor.

En la histeria los celos suelen estar acentuados, es típica la celotipia ya que se interesa en los signos del deseo del otro. Tiende a delegar en la Otra lo que concierne al deseo, modo de interrogar cómo es deseada una mujer. También le sirven de sostén para su fantasma de exclusión y de sustracción al goce.

En muchos hombres los celos reflejan el temor de no poder responder a la demanda femenina, forma de acusar su impotencia. Y pueden estar relacionados a una homosexualidad latente.

Lacan señala al final de su enseñanza una oposición entre el hombre y la mujer. Para el hombre la mujer es un síntoma, en cambio para la mujer el hombre puede volverse un estrago. Cuando el estrago se instala, no hay lazo posible entre un hombre y una mujer. Le retorna su demanda de amor infinito bajo la forma de estrago. Recordemos, que estrago también es la palabra que Lacan utiliza para definir la relación madre-hija donde la madre puede tornarse un estrago para su hija. En esta relación hay lo que escapa a la regulación fálica, ese no-todo que las determina a ambas en tanto mujer.

En *El hueso de un análisis* (1996) Miller explica que en realidad una mujer se vuelve síntoma de un hombre cuando encarna el lugar del objeto a para producir su deseo. Hay que tener en cuenta que, una mujer, consiente ser el objeto de un hombre a condición de ser la única. Una mujer como síntoma establece el anudamiento del amor y el goce sexual. En definitiva, lo que puede permitir por parte del hombre ese anudamiento, es dejar a una mujer existir como Otra, en su alteridad, en su goce, soportando no alcanzarla más que con el goce fálico sexual.

### Modalidades de goces

Las tesis más innovadoras de Lacan las encontramos en los textos “El atolondradicho” (1972) y en *El Seminario 20. Aun* (1972-1973) en las que presenta sus fórmulas de la sexuación. Los modos de gozar de los seres hablantes determinan su repartición en posiciones sexuadas y los matices de entrecruzamiento entre el amor, el deseo y el goce. La castración queda del lado hombre y la división del lado mujer.

Lacan no enfatiza la carencia fálica en las mujeres, sino lo que hay de suplemento en ellas como goce: están habitadas de un goce en más. Señala a la mujer y su goce como un “más allá del falo”, que no quiere decir sin el falo. Introduce el goce propiamente femenino. Tampoco carga las tintas en la cuestión de la envidia, sino que, por el contrario, lo más propio de la posición femenina es cierta libertad en relación al tener.

En *Posiciones femeninas del ser*, E. Laurent (1999) afirma que si bien el sujeto en posición femenina debe soportar ser falicizado para encontrar una inserción en el fantasma del hombre es preciso que no se adhiera fielmente a esta identificación imaginaria. Es decir, es preciso no creerse que se “es el falo”. He aquí toda la dificultad de la realización de la posición femenina, el famoso “saber operar con nada”, poder calcular su lugar.

Goce fálico: En las fórmulas de la sexuación, el hombre en tanto Todo se inscribe mediante la función fálica, posee un goce fálico. También la histérica y la madre quedan en esa posición.

El goce fálico, es un goce “fuera-de-cuerpo”, en el lugar que se conecta con el *a*, objeto plus de gozar. Es el obstáculo por el cual el hombre no llega a gozar del cuerpo de la mujer, porque de lo que goza es del goce del órgano. Sólo encuentra a una mujer a través del objeto a de su fantasma.

Lo que hay de superyoico, de insoportable, no es esa mujer como sujeto, sino esa “exigencia de infinitud” de ese cuerpo, de ese goce Otro, imposible de alcanzar. Dice Lacan: “La única manera de soportarla es amarla” (Lacan, 1972,73).

Del lado hombre, deseando a la mujer la convierte en objeto “a”. Ésta a su vez se propone como “a”. El hombre entonces la mutila, la desea por pedazos. En el gráfico de las fórmulas sitúa el goce fálico en el entrecruzamiento de lo real y lo simbólico, fuera del registro imaginario, fuera de la imagen del cuerpo.

El goce de la mujer cautiva a un hombre más allá del amor que él puede tenerle. Está encadenado a lo que la amada puede alcanzar a través de él.

A diferencia del goce femenino que no es contable, el fálico sí puede contabilizarse porque funciona con el Uno del significante. Evidentemente, el funcionamiento del órgano masculino (tumescencia/detumescencia) se presta a esa contabilidad, a escenas de competencias y rivalidad fraterna.

Goce femenino: El lado derecho de las fórmulas de la sexuación representa la parte mujer donde puede inscribirse un ser que habla. Se deduce un goce otro, diferente al goce fálico, llamado goce femenino. Entonces, una mujer tiene relación con  $\Phi x$  en tanto ser hablante, pero no-toda, lo que hace que se relacione con  $S(A)$  determinando un goce suplementario que la hace Otra para sí misma. Algunas mujeres asisten a esta experiencia: una parte de ellas, la que se les escapa extrayéndose del Uno fálico, las confronta a una cierta extrañeza, a una ausencia de ellas mismas.

Lacan remarca como operador central de sexualidad femenina a la privación. Hay una doble privación: la del falo y la privación del significante de La Mujer, el goce femenino es también goce que escapa a la captación simbólica de un saber Dice Lacan: “Hay un goce del cual quizás ella misma nada sabe, a no ser que ella lo siente, eso sí lo sabe: que ella lo siente. Claro lo sabe, desde luego, cuando le ocurre, no le ocurre a todas” (Lacan, 1972). Lo cual marca la diferencia entre la histérica, eminentemente fálica y el goce femenino, más allá del falo, comparable al

de los místicos, goce adicional, suplementario. Puede presentarse regularmente, a veces o nunca.

En tanto fálica, la mujer ofrece su mascarada al deseo del Otro, hace semblante de objeto, se ofrece allí como falo, ella aceptará encarnar este objeto para ofrecerse a sus delicias, pero no estará toda allí, y si está bien plantada no se lo cree del todo: sabe que no es el objeto, aunque puede jugar a donar lo que no tiene, con mayor razón si interviene el amor, gozando de ser lo que causa el deseo del otro, sin temor de quedar allí atrapada, a condición de que su goce no se agote ahí.

El goce femenino es por excelencia el lugar donde se accede a la experiencia de que no hay Otro del Otro, o bien no hay relación sexual. Habría un carácter de infinitud, de totalidad, que define el goce femenino, oponiéndolo al placer de órgano masculino. La mujer se desprende del hombre en el acto sexual, se abandona a un Goce Otro. Se trata evidentemente de abandonarse a sí misma, abandonar todo lo que es del registro de lo propio, de las posesiones y todo lo que es el registro del tener.

El goce femenino puede abordarse a partir de ciertas manifestaciones clínicas, en particular pueden aparecer efectos de despersonalización, caen las identificaciones yoicas, se sitúan en el límite de lo simbólico. Los efectos subjetivos de ese aniquilamiento son relatados como desorientación, angustia profunda que provoca desvaríos, alucinaciones, relatos de sentirse extraña, desorientada, desconectada. Esos relatos hablan también de pura alteridad. También es abordable el goce femenino, a partir de ciertos fenómenos del amor en las mujeres. El goce femenino mantiene un vínculo muy estrecho con el amor y con el saber.

### A modo de conclusión

El atravesamiento de una cura no es sin conmovir las modalidades de goce que determinan la posición subjetiva. El análisis permite el pasaje de una posición histórica, situada en el goce fálico al goce femenino, a una posición femenina. Lacan desde los comienzos de su enseñanza ya había destacado que volverse mujer y preguntarse qué es una mujer son dos cosas esencialmente diferentes. Lacan señala: “La histérica no es una mujer. Se trata de saber si el psicoanálisis tal como lo defino da acceso a una mujer” (Lacan, 1970,71). Hacerse de un cuerpo de mujer a partir de la experiencia analítica; cómo pasar del cuerpo de la histérica, cuerpo sufriente al cuerpo femenino.

El salto de Lacan a Freud radica en que la diferencia de los sexos no se reduce a una diferencia, sino que la diferencia se juega a la hora de relacionarse con el Otro sexo. No se puede sostener que la división de los sexos es sólo una representación. Lacan afirma que tanto hombres y mujeres entran en el registro de lo real.

Entonces, del lado del sujeto del inconciente, el Otro sexo falta tanto para el hombre como para la mujer. Para ambos el Otro sexo es radicalmente Otro: es un lugar de la alteridad para cada sujeto. Es lo que por esencia resiste a lo simbólico.

Lacan dice que el sujeto femenino ejercita su función imperativa del goce cuando trata de alcanzar la alteridad femenina en el goce sexual. Alcanzar a otra en ella misma es experimentar la infinitud, abolirse en Otro-a. Lo que hay de insoportable en la relación entre dos seres, no es la mujer como sujeto, sino la exigencia de infinitud del cuerpo, de ese otro goce. Es por el no-toda fálica que la mujer tiene una relación directa con la alteridad

Por eso pensar el concepto de la alteridad femenina, introducido por Lacan, nos permite pensar que los hombres y mujeres se distinguen no sólo por el más-menos en cuanto al falo, sino porque tienen una relación distinta en relación con la alteridad femenina. Son dos modos distintos de fallar la relación sexual, dos modos distintos de relacionarse con la alteridad del sexo femenino.

La presencia de la alteridad está encarnada por el cuerpo femenino. En su libro *La alteridad femenina* (2002) Carmen Gallano afirma que tanto hombres y mujeres se hacen heterosexuales si se sitúan en lo sexual con el deseo y el goce sexual, y se confrontan cada uno de su lado, a lo real del Otro sexo.

La mujer heterosexual es la que se confronta a lo real de su alteridad precisamente en ella misma. El homosexual varón es el que lo elude, es una salida para colocarse del lado fálico sin confrontarse a la alteridad del Otro sexo, a ese real femenino. El hombre puede quedarse “casado con su falo”, al decir de Colette Soler. Pero hay una forma más sutil, neurótica, de eludir a las mujeres, utilizar el goce fálico en el encuentro con una mujer, pero sin abordar la alteridad femenina.

Existen diferentes modalidades de rechazar lo femenino, no sólo la violencia, también a través de la misoginia, o la ética del soltero.

Lacan, habla de una ética del soltero, es una posición, de goce definida por su consagración al Uno fálico, eludiendo la relación amorosa, que requiere un paso al cuerpo del Otro que el goce auto-erótico rechaza. Pero más allá de su estado civil, la ética del soltero es el goce del idiota, el goce masturbatorio, el predominio de un goce auto-erótico. El soltero se hace sólo el chocolate dice Lacan tomando la frase de Marcel Duchamp. (Lacan; 1970) Hay un rechazo de lo Otro.

No podemos terminar sin señalar la similitud entre la posición femenina y la posición del analista. Las mujeres tendrían tal vez más facilidad que los hombres para soportar el lugar de objeto que les es asignado en el fantasma de sus pacientes, cuando no se creen ese objeto, pero esto no es sin un recorrido de análisis.

Cuando se despliegan las vías de su deseo, una mujer puede tener acceso a  $\mathcal{A}$ , o sea, a saber, que el Otro no existe. Es en eso que las mujeres son más amigas de lo real, pero también más afectas al cinismo, que puede dificultar su relación con los semblantes.

El final del análisis que reconoce el falo como semblante, dice Miller (1993) está del lado de la sexualidad femenina. Se escapa de la inscripción del lado del falo y de usar el postizo para esconder  $\mathcal{A}$ . El deseo de una mujer la conduce al Otro barrado, en tanto la función fálica hace obstáculo, en el hombre, a su reducción al semblante. Hay

por tanto una incidencia de la diferencia sexual en cuanto al fantasma, con su especial pregnancia en la sexuación del hombre. Parece, dice, que la mujer comprende muy bien qué es el deseo del analista.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Farías, F. (2017). *Mujeres al fin: Testimonios, goce femenino y fin de análisis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Freud, S. (1905). "Tres ensayos de teoría sexual". En *Obras Completas*, Volumen VII, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1976.
- Freud, S. (1925). "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos". En *Obras Completas*, Volumen XIX, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1976.
- Freud, S. (1931). "Sobre la sexualidad femenina". En *Obras Completas*, Volumen XXI, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1976.
- Freud, S. (1933 [1932]). "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. 33ª Conferencia: La feminidad". En *Obras Completas*, Volumen XXII, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1976.
- Freud, S. (1937). "Análisis terminable e interminable". En *Obras Completas*, Volumen XXIII, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1976.
- Gallano, C. (2002). *La alteridad femenina*, Medellín, Colombia: Editorial Asociación Foro del Campo Lacaniano de Medellín.
- Lacan, J. (1960). "Ideas directivas para un congreso sobre sexualidad femenina". En *Escritos 2*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2005.
- Lacan, J. (1958). "La significación del falo". En *Escritos 2*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1988.
- Lacan, J. (1957-1958). *El Seminario. Libro 5: Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires: Editorial Paidós, 2005.
- Lacan, J. (1972-1973). *El Seminario. Libro 20: Aun*, Buenos Aires: Editorial Paidós, 2007.
- Lacan, J. (1972). "El Atolondrado, El atolondradicho o las vueltas dichas". En *Escansión 1*, Buenos Aires: Editorial Paidós, 1984.
- Lacan, J. (1969- 1970). *El Seminario. Libro 17, El reverso del psicoanálisis*, Buenos Aires: Editorial Paidós, 2002.
- Laurent, E. (1999). *Posiciones femeninas del ser*, Buenos Aires: Editorial Tres Haches.
- Larrahondo, M. (2015). "La mujer y la madre en la teoría psicoanalítica lacaniana" <http://www.comunidadrusell.com>
- Miller, J.-A. (1993). *De mujeres y semblantes*, Buenos Aires: Editorial Cuadernos del Pasador.
- Miller, J.-A. (1998). *El hueso de un análisis*, Buenos Aires: Editorial Tres Haches.
- Pommier, G. (1986). "La excepción femenina". *Ensayo sobre los impases del goce*, Buenos Aires - Madrid: Alianza Editorial, 1993.
- Soler, C. (2004). *Lo que decía Lacan de las mujeres*, Medellín, Colombia: Editorial No todo1993.
- Tendlarz, S. (2002). *Las mujeres y sus goces*, Buenos Aires: Colección Diva.